CON LOS OJOS DISTANTES

LUIS JIMENEZ MARTOS

el toro de granito 15

CON LOS OJOS DISTANTES

(1952 - 1970)

LUIS JIMENEZ MARTOS

© Luis Jiménez Martos
Colección «El Toro de Granito», n.º 15
Edita «Institución Gran Duque de Alba»
Diputación Provincial, Avila
Imprenta de «EL DIARIO DE AVILA»
Plaza de Santa Teresa, 12. Avila
Octubre, 1970
Depósito Legal: AV-112-1970

A LA MEMORIA DE MI PADRE

A MI MADRE

A MIS HERMANOS.

prólogo para unos poemas que hablan del pasado.

Cuando en mayo de 1969 apareció en la colección Adonais, mi libro Encuentro con Ulises *—es decir, encuentro con la libertad—, algunos se sorprendieron mucho. Creían, por lo visto, que iba a limitarme a escribir sobre la obra ajena y ofrecer cada año una visión panorámica del estado de la poesía en lengua española. Cierto es que mi bibliografía poética acusaba hasta entonces la ausencia de un libro propiamente dicho, y yo no daba pruebas de sentir la menor prisa por tenerlo, habiendo editado tan solo mi elegía* Por distinta luz *(1963) en* La Muestra, *de Sevilla, dirigida por Rafael Laffón.*

Pero, a fin de cuentas, una tarea literaria, del orden que fuere, no se cifra únicamente en títulos con sello editorial, y existen, ayer y hoy, ejemplos extraordinarios de esto que digo. Un poeta no debe

ser estimado nunca al peso. Pensando así, estoy muy agradecido a quienes, aunque yo no participara con instrumento propio en el abundoso concierto de las ediciones de poesía, me consideraron dentro de este género, incluso al referirse a mis libros de prosa Historia de Juan Opositor, Leyendas andaluzas *y, especialmente,* Tientos. *Gracias, repito, y enhorabuena por su intuición.*

Un día, hace meses, releyendo poemas publicados e inéditos, caí en la cuenta de que los cruzaba el hilo de una textura autobiográfica en tiempo pasado, lo que estimé suficiente para pensar en seleccionarlos y reunirlos en volumen, añadiéndoles otros al objeto de extender esa misma motivación, poniendo en limpio una faena que he tardado dieciocho años en rematar. Las cosas de la poesía también pueden ir despacito, procurando que salga bien la letra.

No se da vía libre al reflejo de lo vivido ayer, y en algunos casos revivido ahora mismo, sin sentir una conmoción. No se evoca sin que asomen algunos rasgos del tiempo histórico, plano al que aquí se unen evidentemente el individual y el familiar. No se ayunta el pasado sin que nazca a la vez una suerte de impaciencia por cumplir en nuestra obra cuanto corresponde plenísimamente a hoy, si es que pueden deslindarse las zonas del tiempo, que más bien creo que ello es imposible y, en particular, si el sujeto de la recordación es un poeta.

Creo que está clara aquí mi memoria y el valor que le doy. Me obsesiona la transparencia, y ojalá que no me haya fallado en este libro, donde más la apetecía; este libro que necesitó de años para hacerse posible, ni más ni menos que los suficientes para notar lejanía en la mirada y en todo el ser respecto a una parte muy cumplida del existir, en la que sigue y seguirá habiendo esa emoción que la ha personalizado. Sigo estando comprometido con la realidad que aquí hay. No dudo en ofrecerla a los demás para que participen de ella y agradezco profundamente a ese buen poeta y amigo que es Jacinto Herrero Esteban, haber hecho posible la impresión de esa realidad, en Avila, ciudad de las cosas altísimas, que no tiene murallas para los afectos y la poesía.

LUIS JIMENEZ MARTOS

Nueva Andalucía (Marbella),
julio de 1970.

INDICE

	Pág.
Prólogo para unos poemas que hablan del pasado	9
I	
2 de diciembre de 1926	17
Primera instantánea del recuerdo	20
Algarrobo en el llano	23
Cuando todos se iban	26
Elegía	29
II	
Montes cotidianos	33
Balada de los dulces animales	35
Diálogo	37
En la torre	40
Con vacación y sin moneda miro	43
Al salir del cine	46
Noche de verano en Monte Altillo	48
Consagración de la sangría	50
III	
Nacimiento en el ángelus	55
Retrato de M. R.	59
Salutación del mendigo	62
Oda a los dieciséis muchachos de una tienda	64

Pág.

A las botas rotas de Antonio Machado, profesor de francés 67
Desde una estación del Sur 70

IV

Charlestón 75
Plegaria donde se pide tiempo libre 77
Proverbio para los que odian 79
¿Dónde salir, amor, que no encontremos? 81
Canción de los oficinistas 82

V

A Manolo 87
Homenaje a Juan de Mena 89
Recordación en una plaza de toros antigua 91
Brindis 99
La estirpe y el espejo 101
Ultimas voluntades 104

I

2 de diciembre de 1926

No será hoy. Día dos. Era diciembre.
Mil novecientos veintiséis. La tarde
a ciegas enhebrando su hilo último
en la aguja más fina de la madre.

No será hoy. ¿Mañana? Lluvia lenta.
El cielo junta borrascosos aires.
Patio de sombra. No vendrá en lo oscuro.
Y la colina de su vientre arde

en alegría. Y dicen los tejados
que aquel jueves de Dios parece martes.
Parece madrugada lo que apenas
si es noche, desespero de los árboles.

Estoy sola. La ropa sin heridas.
Que la luz de la Virgen no se apague.
Silencio de vivir porque alguien cumple
edad sin rostro que le cuenta alguien.

El canalón va goteando tiempo.
Qué sola estoy. Una ventana se abre.
Y de repente llaman llaman llaman
a la vez a la puerta y a la carne.

Ya voy, ya voy. Dolor. Espera un poco.
Hay urgentes nudillos en la sangre.
En la casa se arropa lo invisible.
Ay qué tierna pared del nosesabe.

La Vida va a ser Tiempo y no pregunta.
Ve pronto... Corre el padre.
Pide cristobalones en su ayuda.
La tormenta responde que no hay nadie.

Sueña zancadas, voces que atraviesen
el corazón terroso de las calles.

Pero ha podido más aquel recado
de ser, de hombre que entre tanto nace.

primera instantánea del recuerdo

Un aviso de luna
a uña de caballo.

Los gritos infantiles
saltaban por sus aros,
y las voces abrían
la noche suspirando.

Estoy cierto de que era
muy cerca del verano.
Había sido galope
y sudor.
Sur del campo.

Era miedo, lo sé.
Por miedo he de nombrarlo.
Las voces de la grama
diciendo su recado:
Viene la luna, viene,
con sus ojos más claros.

¿Dónde están los caminos?
Qué lejos veo mis manos.
Qué solo de repente,
tan de repente extraño
como si despertara
sin haberlo soñado.

Un miedo misterioso.
Dije mi nombre. Bajo
la luz ¿quién era? ¿quién?
Dormido ¿desde cuándo?

Lo de antes sin memoria:
un niño tiempo en blanco
del que no me quedaba
ni una brizna en los labios.

Como un río que sube
de lo hondo del costado,
como una anunciación
en que no suena el Angelus
sentía que el vivir
estaba despertando
de verdad, tenuemente,
de verdad iluminado,
abierto en el temblor,
lo mismo que aquel campo
cuando subió la luna
con sus ojos más claros.

algarrobo en el llano

Algarrobo en el llano,
bosque de pie, una sombra
movida por los niños.
Era otro país.
A un lado el tiempo
de la infancia que ahogan
aprendizajes de mayor.
Frontera
había: *Pasen, pasen todos.*
Y el Juego estaba allí con los brazos abiertos.

Arbol padre,
copa de las tormentas, esperaba

nuestra invasión oliendo a tarde libre,
a galope de risas que estremecía las hojas.
Abrazado de golpe a muchos ojos ¡hurra!
respondía al saludo con canción de madera:
Venid a mí que tengo de siempre el alma clara.

Ibamos a él frenéticos,
seguros de la fuerza de su trono,
como si únicamente tocándolo sintiéramos
que aquella edad no acabaría nunca.
Estatura de Dios, vigía del aire.
Arriba de sus ramas una luz más desnuda;
arriba de sus ramas más crecidos;
hablándole de tú al sol tan solo.
Por la selva aniñada
—los lagartos huían temblorosos—
voces exploradoras, manos donde la sangre
alguna vez saltó.
¿Quién no trepara
a conocer el vértigo al final de lo oscuro?
Los pulmones abrían sus flores, y la tierra
era desde la cúpula una conquista ancha.

¡Eh! ¿Nos veis saludar?
Aquí esperamos. Hay que ser valientes.
Y el algarrobo descumplía siglos
oyéndonos partir los miedos y sus frutos.
Aún se empinaba con la piel tirante
como un abuelo joven y escribíamos
en piel enternecida nuestros nombres.

...Lentamente fue el árbol
—tarde a tarde sonora, luz quemada—
pareciendo ciudad.
Carteles, lechos
crujientes, otros sueños y palabras
prohibidas, que en la altura
sin misterio, dijimos.
¡Hay que ser hombres! Nadie nos escucha.
Pasan de prisa el aire y las palomas.

Lenta y alegremente,
árbol padre del llano,
perdiste con nosotros la inocencia.

cuando todos se iban

Tardes de los domingos del invierno
cuando todos se han ido.

JUAN RAMON JIMENEZ.

No como el sol, sino ruidosamente,
llevando a la ciudad lo que trajeran
—parloteos, vestidos de domingo—,
se iban las visitas con sus bolsos
llenos de adioses para la semana.

Al abrirse la puerta, el campo frío
les cortaba las voces un instante;

dejaban arenilla por el suelo,
un suspiro feliz en los retratos,
un zumbido implacable y un ahogo
que enrarecía el compás de los relojes.

Las sillas al volver a los lugares
de costumbre frotaban su madera
sin creerlo del todo: no había nadie.
La luz era otra forma del silencio
y la casa una rota caracola.

Entonces, con el mundo en los oídos
(criadas, cañerías, abogados,
chismes, modistas, precios, diversiones),
con el mundo en migajas parladoras
caídas por el suelo, yo tenía
que volver prestamente a mi sitio de niño,
intentando borrar de golpe aquello
que tanto le gustaba a los mayores,
bautizarme otra vez en mis palabras,
mis caprichosos nombres y preguntas.

Qué rebeldía de condenado a tarde
sin niñez, cristalera. Confundido
y más pequeño aún. Qué rebeldía
para que aquellas hieles de los grandes,
sus risorios y asuntos no pasaran
al corazón.

Cuando todos se iban
era fiesta en mi reino.
Y empezaba el domingo de verdad.

elegía

Has caído en la tierra con ojos asombrados.
Allí fuimos los niños que enseñaste.
Fue imposible cerrar las puertas a tu muerte.

Odio
roto
solo.

Sigue saliendo sangre por tus sienes quebradas.
No es fácil abatir a tiros las ideas.
Hay arroyos que corren más que el tiempo.

Lloro
plomo
agosto.

Mil novecientos treinta y seis.

Y aún quema.

II

montes cotidianos

Oh montes cotidianos.
Sesteadores azules
frente a mi alma viva:
la de cada mañana
con los ojos ocultos
en las curvas del sueño
que vosotros borráis
al mirarme ya claro
en espejos de piedra.

Oh montes enseñándome
mis límites más fieles.
Por si me pierdo, ahí,
al levantar la vista

del trabajo o del ocio.
Padres que no se mueren,
que no están ni cansados,
aunque por las espaldas
tengan escalofrío
vertical de las nubes.

Me guardasteis silencio
para entregarlo ahora,
cuando aún escucho pasos
de elefantes de infancia,
pero noto señales
tensas en los sonidos
y miro con temblor
desde un fondo de sombra.

Oh montes familiares
que junio me devuelve.
Cuarto mío que llega
hasta vosotros y une
el tiempo y el sintiempo
con nudos de retama.

balada de los dulces animales

Vivieron con nosotros,

Chiqui y *El Niño*, perros; *Bión, Cojín, La Vieja,* toda una gatería dinámica y propensa a agitados amores en enero y después.

No sabíamos en dónde estaba su frontera de dulces animales y en dónde la de miembros fijos de la familia.

Poco a poco, en los ojos, se fue notando mucho una luz de sorpresa.

Era un mirar desde el que ellos saltaban, tan curiosos y elásticos, a las terrenidades nuestras de cada día.

Fueron perdiendo libertad por hacerse más sitio como seres ceñidos a la casa.

Comprendieron bien pronto que en su animalia eran capaces de guardar secretos humanísimos para corresponder a nuestro amor constante.

Sospecho que les fue conocida la lengua de los hombres, pero disimularon su saber o acaso la emplearan solamente en los sueños.

En su piel les notamos los golpes de la sangre.

Y en las largas llamadas del olfato el anuncio anheloso de pequeños destinos.

Cuando estaban inmóviles parecieron a veces unos seres terribles que lo supieran todo y aguardaran, mas con solo moverse nacía su dulzura.

Cruzaron silenciosos por el ruido doméstico, y aunque huyeran, jamás les faltó confianza.

Oh animales, de muerte natural o violenta, que siempre fue seguida por el llanto.

Todas nuestras caricias también son ahora huesos y están bajo la tierra, *Chiqui* y *El Niño, Bión, La vieja,*

todas nuestras caricias de una fidelidad mutuamente otorgada, pues al crecer entre nosotros llegamos a teneros por amados testigos.

diálogo

—Hijo, más claro. Oyeme. Más claro
habla esta noche. Esta noche y siempre.
Eres tú y las palabras no me llegan
como antes, cuando nada preguntaba,
pues eras labio de mi labio y aire
de mi aire, hijo. Ahora soy la roca,
la ciega frente a ti que, sin embargo,
quiere saber y no está resignada.
Solo conozco ya tu nombre. Dime.

—Mi nombre. Crees que miento y si crecí
fue para ser racimo que no tocas.
Crees que elijo las voces más oscuras
y estoy huyendo mucho de tu vida.

—Siempre dices: la vida...

—¿Cómo nombrar entonces el aliento
que, sin cansancio, va borrando cosas?

—Mi aliento va hacia ti y no oscurece.

—Piso tu misma tierra y me levanto
a tus ojos. Tus ojos son el tiempo.
Son el tiempo al mirarlos en la lucha.
Es la luz del principio lo que ves.

—Yo sé cómo eras antes de esa lucha.
¿Te recuerdas aún? Descansa, hijo,
que aquí te espero por reconocerte
rodeada de todo cuanto arropa.

—Ya no cabe en la casa ni en mí cabe
este furioso ser con gesto vago
que sonríe, está quieto y tú lo sientes
como si nada hubiese sucedido.
De madrugada en madrugada árdenme
los labios de la sombra. No me pidas...

—Quiero saber de tí. Me importa tanto.

—Acompañarme a infiernos sin gemidos,
silenciosos gemidos, ¿tú podrías?

—Rodeada de todo cuanto arropa.

—Cuéntame, madre, el mundo candoroso
de los miedos al mar, al sol y al cuerpo
antes que yo naciera, mucho antes.
Nos cambiaremos dudas por espejos
y paseos de domingo por injurias;
soledades por bailes estrenando
un vestido de cola. Cuéntame,
pues en tí, madre, todo fue cumpliéndose.
Yo soy muñón de viña todavía.

.....

Sí. Te sonríes. ¿El humo? ¿Que me evado?
¿Mas no me acerco así a tu garganta?

en la torre

Aquí lo tengo todo.
Me rodean cristales y retratos
del corazón, lloviznas y ruidos
del sueño, ojos que miran
mi propia historia.
Dicen que en el jardín acaba el mundo,
pero no. Esta es mi nave.
Ha habido una tormenta de naranjos
y ahora flotan riendo;
esta es mi nave y cruza
el meridiano en flor de los jazmines
y los atardeceres
con sus lechos tan tristes y amarillos.
No voy a perecer.

Es imposible.
Si es que siento
la tentación mortal del eseoese
y una nube morada me visita,
despabilo tus cartas,
suben besos de pronto,
toco la fiel madera del amor.

Es mentira
que yo sea un cautivo
en esta habitación y que mis libros
sean voces de ceniza
y no soporte ya la voz humana.
Si llegan animales
voy y los acaricio dulcemente.
De cuando en cuando veo
aparecer una ciudad remota
—¿o está ahí?—
muy agujereada por las luces.

¿Tengo que pedir algo
para que entre también en este arca?

Dicen que en el jardín acaba el mundo.
Hay en el norte
de mi pared una humedad muy lenta
(se la escucha avanzar)
y el aire frota
su múltiple nariz con cada esquina.

Aquí lo tengo todo.
Aquí
en esta torre
altísima del miedo.

con vacación y sin moneda miro

A Miguel Salcedo Hierro.

Con vacación y sin moneda miro
la plaza y su caballo de bronce que no sabe
cuándo brincar latiente hacia una nube
que le mueva su sangre coagulada.
Oigo en mi corazón los alertas del tiempo:
el que fue virgen, el fosco y el herido,
el habla que te habla, el color fuego,
el que está más allá de mi memoria
y me contaron: el tiempo de esta plaza
que me rodea ahora con sus brillos mortales.

Con vacación y sin moneda miro
deteniéndome mucho.
Hoy es sábado
y yo no tengo nada: sólo ojos
para quedarme frente a macizas alturas.
Y digo qué vivir a la paloma
levantándose, a la cúpula
que tan chispea como mitad del mundo,
al arroyo espesado de las seis de la tarde.
Continuamente digo qué vivir.
Continuamente piedra en un centro de agua.
Digo. Me clavo. ¿Esperas? Y se van.
Preguntan y se van.
Oh, plaza antigua
de los pasos diarios y los muros
con vetas de llamadas.
Estoy ciego de ayer,
aquí, mientras parece que he caído
de otro planeta donde no aprendieron
el dolor todavía.
Ciego.

Los alertas callando grito a grito,
sombras que se quemaran en la plaza y mis ojos.

Es sábado de Mayo
y si no tengo nada ya es bastante.

al salir del cine

Era la lluvia
saludando con lanzas inclinadas.
Hongos del corazón.
Calle del lento andar.
Roce de una muchacha como envés de la noche.
Un reloj alto suena.
Me agitan los venenos plateados.
A lo oscuro vinieron las palabras
hasta hendirme los centros.
Eran las voces
barriendo nuestras voces.
He visto un mar rugiente,
un muerto, una escarlata

mujer, un beso largo.
Me bebí sorbo a sorbo
mentiras y sonrío.
Era la lluvia,
las raíces lejanas.
Eran los ojos
otra vez sobre cuerpos, luces, risas.
Soy un pez aturdido.

noche de verano en monte altillo

¿He inventado este azul? ¿Son ya mis ojos
redondo alumbramiento que morirá en la aurora?
¿Me he tendido a aguardar que la piel de la noche
se abra de pronto y hunda tanta carne de estrella?
¿Existiría este cielo si no lo contemplara?
Existe Monte Altillo, y no es sueño de nadie
la soledad que sube desde el llano y levanta
una isla de sombra en el fuego extendido.
La casa está erigida sobre un ardor de tierra.
Me han derribado todos los rayos de la luna
que rozan las agujas altas de los pinares.
Insectos y retama se buscan. Dan la hora
los grillos que quisieran horadar la colina,

y el arroyo a lo hondo procura no hacer ruido
aunque baje quebrando las inmovilidades.
Sólo ocurre la noche y la luz que atraviesa
lo grande y lo pequeño con su múltiple abrazo.
Nada se halla escondido. Todo tiene pupilas.
Sienten miedo los duendes errantes por la sierra
y el corazón escucha su crujido de rama.
Quiébrate. No te quiebres. Oh qué lucha en silencio
de la serenidad y el grito de la vida.

Noche de Monte Altillo, metida para siempre,
quieta ya para siempre, en mis noches.
Intacta.

consagración de la sangría

Cada trece de junio bajaba San Antonio al nombre de mi madre
y se ponía a decir felicidad mojando nuestras bocas.
Era siempre una fecha para abrir ya del todo las ventanas
y ponerle a la casa ojos ennuevecidos con los que ver mejor Córdoba en su llanura.
Había madre en los dulces, el jardín y el olivo, las flores y la alberca.
Cada trece de junio se volvía a encender la cera del milagro: hallar el escondite de unas cosas perdidas,
aunque otra vez volvieran a perderse el mismo día catorce.
Sabía todo a homenaje costeado de arroz, mostos sureños, carne y un gazpacho bien frío.
Un año entero daba su gozo en los manteles.

Y hacia la media tarde era cuando poníase más redonda la fiesta.
Llegaban familiares abridores del turno de los besos.
Llegaban los amigos y crecía el holgorio, cuando aquella gramola nacida el año veinte rasgaba con su edad las placas empolvadas.
El sol de San Antonio hundía tras los montes su antigua coronilla
e iba humedeciéndose la garganta lijosa de la tierra.
Era este el anuncio mejor de la sangría.
La veo, la oigo llegar, un poco antes de la noche, viajando en sus lebrillos, verde y flotante el fruto en su alma roja y fresca.
Traía consigo un júbilo próximo a derramarse y a sonar cada vez como una fuente.
Empezaba a mojar palabras, gestos, risas, chillidos y hasta enfados con una lengua múltiple y hecha a besar cristales,
dando a la sequedad del vivir un oler hondo y denso.
A todos alcanzaba:
a los del baile en la azotea metidos en la hoguera del abrazo,
a los que preferían jugar a perseguirse por el jardín en sombras,
a los mayores que miraban el mundo desde unos ojos limpios de ilusiones,
desde unas bocas duchas en recorrer pasillos verbales muy aprisa.

Oh sí entraba la sangre de la sangría en los jóvenes cuerpos y en los cuerpos gastados,

más más más,

para ser la gran vena y la gran reina, el consuelo de tristes, la inundación de las gargantas, el trago de la noche del Sur sólo días antes que llegara el verano.

Cada trece de junio bajaba San Antonio al nombre de mi madre

a consagrar sangría para ponerla luego en un altar de gozo y repartirla.

Cierto estoy que hasta él se iba alegre a su cielo.

III

nacimiento en el ángelus

Iba a temblar el Angelus.
Vidrios llenos de luz también había.
Cielo sin prisa de las doce.
Alguien
santiguándose estaba, alguien bebiendo,
alguien en un jardín contó las hojas.

Entresueño una calle del año treinta y cuatro:
estudiantes que charlan,
tenderos diligentes,
muchachas con el yo-yo desliador de sus risas,
coches con alma aún,
odios de urgencia, sangre

en ruta hacia otra sangre,
tan cerca de llegar.

Te digo que esto era
vivir al descruzarse
tus manos ya pidiendo el paso por la piel
de una luz granadina y ennevada de otoño.
Te digo que hubo un vientre
y un llamador por dentro de su rosa.

Tu madre susurraba
Es pronto. Es pronto aún.
La casa no te espera.
Estamos preparándola.
Faltan flores aquí
y aquí un espejo donde
pueda verte despacio, como si te sacara
del mar, eso, del mar, aunque me duela.

Y tu nombre saltando,
tu nombre que sería tan distinto de vuelo:
Pilar predestinado a tierra temblorosa.

No importa. Naceré.
Me gusta este desorden,
estas prisas de todos como si hubiera fuego
y yo fuese lo único que hay que salvar ahora.

(Entretanto, detrás
de un muro campesino y celeste yo estaba.
El tiempo era carrera impaciente al domingo.
Latían madrugadas en lenguas de animales.
Cruzaba el campo un duende
con los pasos de yerba.
¿Cómo acordarme ahora
que hice yo aquellas doce?
Lucho por juntar luces de un mismo mediodía)

Mientras tu corazón se unía al Universo
alguien tal vez oliera todos los muertos próximos.

No importa. Naceré.

Y sonaron campanas
por tu sangre pequeña.

¿Qué me ocurre? ¿Hacia dónde
voy a salir?

Entonces había besos con nombre de película,
y cabellos talados,
y un pez oscuro y grande atravesando el tiempo.

Sé que en aquella estancia
estuvo el sol cubriéndote
como primer hatillo.

Te digo que aún calienta
ese sol y ya es alma.

retrato de m. r.

Fui al lado del júbilo
por blancos laberintos
de Sevilla y Granada,
junto a quien repetía
quien duda está perdido.
Llevaba puesto el traje
del reír y un anillo
nupcial, sin nombre alguno.
No conviene pararse, que da frío.
Atravesaba puertas, nombres, labios,
rompía y juntaba hilos
¡poder! ¡poder! ¡poder!
ay, días napoleones tan seguidos...

Yo era su espejo oscuro,
su paisaje distinto,
su aguafiestas, su *no,*
su cuaresma, su limo.
Fui junto al entusiasmo
con asombro crecido
viendo cómo cambiaba
realidades de sitio.
Conocí la sorpresa
hecha redondo amigo.
Adelante, adelante.
Quien duda está perdido.
Crujía lo que tocara.
La mentira se vino
con él a vivir. Siempre
la tuvo por testigo.

Dudó, quebró su luz,
paróse su ruído.
Ay, días napoleones,
¿dónde os habréis metido?

Asistí a su vencerse.
¡No puedes sentir frío!,
le grité. Ya era inútil:
Cayó en el remolino.

salutación del mendigo

Para Gabriel Moreno Chamorro.

Tres veces he llamado y no responden.
Todos los días tres veces. Qué jazmines
tiene esta casa.
Nadie.
Mis buenos días
con la maldita música del hierro.
Ni un ladrido. Es que aún no merecí
ni un ladrido.
Qué ventanas tan anchas para los que no ven.

Y aun a pesar de todo, buenos días.
Seguro que allá dentro los tendréis
de ondulantes persianas, mientras a mí me duele
la estera de este sol.

Por lo menos decidme que estáis ahí detrás
en la sombra.
Asomad la cabeza, aunque sigáis callando.
Buenos días, sí y a pesar de todo, buenos días.
Me gusta cómo vivís. Os felicita un pobre.
Os envidio ese huerto y ese olivo
casi tan viejo como yo. Aunque golpee,
como si esta cancela fuera el mundo,
no indignaros, que es sólo una costumbre.

Luego hablaréis del campo.
Del campo, ¿qué sabéis? Yo sí sé. Preguntadme
la señal que se asoma en cada piedra,
las vueltas que da el río,
las trochas para ir hasta esos montes...

Sabiduría inútil. Y nada. Ni un ladrido.
Que al menos me defienda. Que me palpe.
¿Me confundís con el blancor del muro?

Buenos días, y con Dios. Sí, y a pesar de todo,
con Dios. No os dejo baba. Herviría la tierra.

oda a los dieciséis muchachos de una tienda

Nos trajeron de antiguas y sonadas ciudades
pasando por los cien túneles de la noche,
sentados sobre el seco calor de la madera
hacia una terminal que todos estrenábamos.

Nos recibió el silencio de unos montes de roca.
Invadimos la sombra ancha de las encinas.
Coronamos despacio los repechos terrestres
hasta llegar rendidos al fin de tanta escala.

Fue cada amanecer herido por trompetas.
Brillaban en el tiempo metálicos relojes.
Cada uno de nosotros pasó desde el estudio
al uno-dos marcado sobre duro terrizo.

Campos de Ronda, ayer país de aventureros,
se poblaron de voces enfilando la vida.
Ronda allí abajo fue paraíso de domingo,
ráfaga semejante a nuestros días paisanos.

Al bajar y subir veníamos desde el reino
de la luz a la noche tropezada y ruidosa.
Venían humedecidas la guerrera y la carne
de un deseo remitido al domingo siguiente.

Aquí os veo retratados delante de la tienda
un día de fiesta a punto de ir al Campo de Marte.
Juntábamos acentos de unas cuantas Españas
en torno al poste aquel con vela y con botijo.

Dieciséis colchonetas y tantas anarquías
o casi como ellas, palabras no oídas antes
—*candelario,* entre otras—, tensiones que saltaban
de pronto, gritos, risas, amistad y su revés.

A veces nos creímos en guerra verdadera
disparando implacables contra el Murex alzado;

a veces una lucha que no fue de nosotros
se llenaba de frentes y de bocas cerradas.

Otra lucha ha seguido ocurriendo oh milicios.
Más de veinte veranos pasaron ya sin vernos.
Aquella fue una edad llena de sol y luna.
Aquella piel quemada vive en alguna parte.

Yo acabo de sentirla arder en la memoria
de dieciséis muchachos que un septiembre volvieron,
pero ahora quisieran marchar a aquellos campos
por donde un-dos un-tres su juventud fue un día.

a las botas rotas de antonio machado, profesor de francés

Leído el 24 de Mayo de 1954 en el Casina de Baeza, con motivo del homenaje al poeta, celebrado por mi iniciativa.

Porque no hubiera fronterizos pasos,
límite alguno entre tierra y carne,
a tus botas rugosas como un olmo
se asomaron un día dos agujeros.

Risas, risas sorianas de chiquillos
(sin aprender aún el castellano)
al señalar tus pies regocijaban
¡Mirad qué botas lleva don Antonio!

Mirad qué barcos. Risas. No sabían

que eran las brechas pobres de tu alma.
Por allí, luz. ¿Adónde irá monsieur?
tarde tras tarde? A fondear Castilla.
Se va lejos, monsieur. Está en el río.
¿Buscará un puerto allí donde no hay?
Oh lá lá, ¿no es así? Corta una rama
y se vuelve despacio. Ya se acerca

con un ruido triste, mendijoso,
respirar caminante, eco, órgano.
Y la hierba crecida suavizando
No necesitas otras por ahora.

Las puntas son tus montes transeúntes
con polvo de verano pecho arriba,
y mojadas reflejan el silencio,
algún árbol de paso, el tiempo mismo.

Tus botas tienen ojos otoñales
y, sin embargo, ríe la piel vencida.
Hablan por ti. Qué silleteros niños.

¿No veis que el profesor es franciscano?

Franciscana es la mar y no se hunden.
¿Cuántos años tendréis de sueño encima?
Tus botas ondulantes por la historia,
desde el álamo frío al limonero.

...Desde el álamo frío al limonero
¡mirad qué barcos lleva don Antonio!

desde una estación del sur

He perdido tus ojos
entre Granada y Córdoba.
Y ahora aquí me tienes,
féretro que tuviera la medida de mi alma alejándose.
Tú,
estación que se besa,
has crujido en mi boca.
He venido mirando las semillas de pueblos
por campos de este junio tan duro entre sus llamas,
tan atado a tu nombre que no es aún memoria.
Por esa ventanilla arrojé soledad
y dije *no* al abrazo caliente del recuerdo
que demasiado pronto deseaba aprisionarme.

Ahora ya sé, amor mío, que he perdido tus ojos.
Cipreses señalaban
por el Generalife un camino de doble y absoluta alegría,
cuando hablaron los cuerpos por encima de voces enterradas.
Hasta llegar a ti no sabía que el mundo
puede temblar volcanes de persona a persona,
hay como un fondo último de cueva en la que nadie
ha penetrado nunca.

Era el pan del amor quien se hizo corpus transitado en nosotros.
Granada,
hoja y nieve,
abierto paraíso,
y su agua venía a refrescarnos de una súbita sed.
Nunca la realidad fuera más realidad.
Nunca cupiera tanto en dos manos cogidas.
Nunca habíamos creído que la dulzura duele.
Amor:
reino animal,
vegetal,
mineral,
días que se han desdoblado y que se ahondan,
y ahora los tengo estrechísimamente reunidos

sin dejar que se escape ni el menor trozo de ellos.
Niña en aquel balcón de la calle Mesones,
estarás intentando hacer lo que yo hago:
no darme por vencido a la memoria.
Ya tienen calentura hasta los azulejos
de la estación del Sur desde donde te escribo
queriendo retener lo que se escapa,
lo que yéndose está muy detrás de tus ojos,
irremediablemente viajeros en retorno a sí mismos, que me dejan.

IV

charlestón

A Rafael Laffón,
por sus jóvenes años veinte.

Pierna derecha Pierna izquierda
Charlestón
Charlestón
Un barco grande lleva
música por el río
y gentes de la orilla
cantan
saltan
y besan
Charlestón
agítense los cuerpos
antes de ser bebida la felicidad
oh almanaque

sin negros números
que el mundo está danzando
sabe el mundo que ni antes ni después pudo creerse que era tan
bueno darse cuerda y cuerda sobre unas enormes láminas
de charol
agítense los cuerpos
los disparos del gánster
no hacen enmudecer las orquestas de jazz
el son de los parados
no borra un tembloroso ronquido de motores
listos para las grandes hazañas trasatlánticas
detrás del bien vivir ¡felices veinte!
vigila muy atenta toda la espadería
la audacia abre rendijas imposibles
reír es el primer atributo del hombre

Pierna derecha Pierna izquierda
Charlestón

Eso danzaban
cuando yo vine al baile de este mundo

Por eso llegué tarde
a comprobar que hay años que incluso pueden ser dichosos.

plegaria donde se pide tiempo libre

Te pedimos, Señor, el tiempo libre
entre paredes, prisas y ciudades
de músculos rozados por ahogos,
oscuras por las sienes. Lo pedimos
desde los mares muertos del papel,
con el alma debajo de la mesa,
como objeto olvidado diariamente.
Te preguntamos la salida rápida
para los ojos que nos encadenan.
Cardinalmente somos divididos
y rotos por las puntas no giramos
en el vivir con orden, a pequeños
montones de las horas para todo,

crucificando corazón, caminos,
puesto siempre a la sombra nuestro nombre.
Concédenos valor para la entrega
a lo que no se paga, bosques súbitos,
como a tus animales, mucho aire,
la risa, el golpetazo al reloj triste,
aunque no sea ni fiesta ni domingo.

Te pedimos, Señor, el tiempo libre
para ocuparnos de verdad la vida.

proverbio para los que odian

(Variación sobre un proverbio árabe).

Puerta del corazón en larga calle.
Allí estaba sentado desde un día
que pudo más el cielo que las nubes.

Su casa era muy honda. Tuvo frío.
La sal de las paredes, los recuerdos
y el odio aquel sajándole las manos.

Se salió a respirar la tarde quieta.
La mirada en un punto de la sombra.
Esperaré. La muerte me lo traiga.

Gallos del aire. Pasos de otros hombres.
No era. Sol y Luna envejeciendo.
Y él sólo con su lámpara mohosa.

La muerte me lo traiga. Yo no voy.
Son muchos los caminos. No hay señales.
Mi corazón es un ardiente insomnio.

El miedo fue lamiéndole las manos.
Era como una piedra picoteada
y cruzaron los pájaros sin verlo.

Un día del otoño —ojos de acecho,
cuchilla con la punta de esperanza—
vió pasar su enemigo: era la Vida.

Y entonces ya no pudo levantarse.

¿dónde salir, amor, que no encontremos?

¿Dónde salir, amor, que no encontremos
el cartel de imposible en las paredes?
Si pasas, aire amigo, te cogemos
con el par corazón de nuestras redes.

Ya estás, aire, en las manos. Ya podemos
vestirte de vivir. Aunque no quedes
ni bien ni mal pintado tú si cedes
a nosotros, y en tí sólo creemos.

Prohibido lo demás. Miren qué risa.
De espera es el asiento. Codo a codo
recluidos, amor, en tu fragancia,

pidiendo humildemente algo de brisa,
algo de brisa que lo mueva todo
para burlarnos de la vigilancia.

canción de los oficinistas

A la una llega el sol.
Adelantad el reloj.

Remeros en tinta azul
contra un aire que no ayuda.
Diez cabezas inclinadas
y un par de ojos en punta
mirando hasta el respirar
de una mosca en las alturas.

Aún nos queda mucha agua,
remeros, no tanta vida.
Si llegáis pronto hay botín

para quien ordena prisa.
Adelantad el reloj.
No miraros las heridas.

A la una llega el sol.

V

a manolo

Sobre mi hombro izquierdo
pesa, Manuel, tu muerte.
Tanto que tú serviste
te ha llegado el instante
de ser señor que llevan.
Tardísima es la hora.
Apenas si veías
cuando vivo. ¿Ya abriste
tus lacrimeantes ojos
donde eran las pestañas
ay, juncos doloriendo?
Obedeciste siempre.
Tu vida fue un recado

sin queja ni desvío.
Nunca te preguntaste
por qué tú dabas tanto
sin recibir apenas.
Tu cabeza tan breve,
de gorrión transido,
supo del inclinarse
a todas las migajas.
Sobre mi hombro izquierdo
—más izquierdo que nunca—
pesan, Manuel, tus años,
tus heridas sin sangre
y ese oro invisible
que se marcha contigo.
Sonríe, Manuel. Ya eres
siervo de Dios tan sólo.

homenaje a juan de mena

Juan el aparte siempre.
Caballero de sombra y de noticia
dando a beber su tiempo con unas manos pálidas.

—Yo, detrás. Es mi sitio.
No me gustan la espada ni el caballo.

Juan de los ojos fríos
y la pasión por dentro, en sus rastrojos.
En la frente quedaron las nubes y los hombres.

—Mi amor es la paciencia.
No pidáis ruiseñores
a quien no pueda darlos.

Andaluz en destierro.
Se callaba debajo de palabras.
¡Qué sino de contar sin ayuda de ángeles!

—Laberinto es la vida.
Cuando salga a la muerte os lo diré más claro.

Pluma de sangre y nieve.
El otoño le abrió la puerta al mundo.
El corazón lo tuvo por todos los rincones.

Juan, el espejo, Juan
de Córdoba. Viento contra su árbol.

recordación en una plaza de toros antigua

(Los Tejares. Córdoba).

A José Luis de Córdoba, brillante cronista de este ruedo.

1

Oigo mi propio grito.
Me están llevando por un oscuro callejón de miedo y sangre mientras suenan los cascabeles fúnebres del tiro de mulillas.
Vuelvo, y ya para entonces
mis ojos se acostumbran al rostro del redondel que riegan muy despacio.
Cuánto frescor me sube

atravesado por humo de los puros.
Es la gente.
Yo no sabía qué era la gente.
Está toda a distintos niveles de este pozo
de la ansiedad.
Yo no sabía qué era la ansiedad.

2

¿Es jorobado aquel torero?
Son enanos y juegan con una vaca que da saltos terribles.
Un gran risorio ondula por los pechos
y mueve la bandera en la noche de agosto.
Brillan, pero distantes, estrellas alquiladas de los trajes toreros,
y mi tío Pepe, con su sombrero ancho, dice algo a mi padre y se sonríen.

3

Por esta piedra muerta,
por altos barandales de ceniza,
se pasea temblando un pasodoble.

Es día de San José de 1939 y aún hay algo de guerra sin cubrir.
El pasodoble apaga lo demás, se escucha como en Misa.
Manuel Rodríguez Sánchez *Manolete,*
agacha la cabeza, afila el corazón, se toca la montera
porque es que aquella música se llama igual que él, quiere ponerle hojas y color a su árbol seco y solo.
Estrena pasodoble y yo estreno corrida de verdad, Tejares para hombres, aunque sólo he cumplido doce años tocados por asombros tan trágicos de España.

4

Oscuro y claro.
Muchas veces oyendo *almohadas, gaseosas* en el nunca olvidable callejón de escaleras para bajar el susto de la primera vez.
Ese es Pepe Luis Vázquez que da saltos a su oro de gracia de Sevilla.
Tardes.
Noches.
El calor revistiendo
un rojo fronterizo de barreras, un vuelo de los palcos.
Luis Miguel Dominguín es un niño que juega a torear, tiene la gallardía del que busca se pasmen los amigos del barrio, pero ma-

ta, es lo mismo que un hombre y siente arder la sangre que, seguro, provoca.

Oscuro y claro.
Es otro día.
Y Rafael *el Guerra* escucha hervir mujeres,
harén redondo,
desde su palco califal cubierto de mantones.
Mujeres. Gritos.
Plaza de vecindad, una pelea de bocas y de uñas.
Mujeres. Risas.
Mayo se ha convertido en túnel de la risa.

5

Extrañamente suenan mis pisadas.
Peluso. Niño Dios. Maera. Chiquilín.

Ah, los banderilleros sin cansarse de preparar las palmas y luces al maestro.

La arena se deshace y vuelve a hacerse.
Cada corrida estrena una carne distinta,
y cuando el ojo del toril se abre

recomienza la vida.
Un tropel de toreros aparece
desaparece y vuelve a aparecer.
A un matador lo llevan
por el camino de su propia sangre,
y por el traje roto
entra redonda la ovación más fuerte.

6

Eran casi familia aquellos rostros.
Se conocían los *fuera* y los *olés*,
las ocurrencias, las bocas del hastío.
Tejares.
Ay, qué horno de ciudad desde 1884,
cambiando de continuo los tercios de la historia,
el trasiego tenaz de seres y toriles.
Sol y sombra.
Los ojos enrojecen
de ver tantas muletas espejeando embestidas.
Habla ahora un obispo
—¿cómo? ¿pero es posible?—

un obispo
y se escucha rezar un padrenuestro de multitud en pie.
Ha muerto *Manolete*.
Su pasodoble suena a treno pronunciado por mil bocas sombrías.
Lloran, maldicen, callan y memorian.
Así aprendo qué es una muerte-ciudad, poniendo el mismo nombre
en cada puerta.

7

Viene otra primavera
a quebrar los cerrojos herrumbrados de invierno.
Antonio Ordóñez hace
seis cunas de verónicas.
(¿Quién es mejor de los tres?
¿Lagartijo, Calerito o Martorell?)
Asoman y se ocultan los toreros.
Ruedan toros y marcan
un surco en el que puede sembrarse otra faena.
Ibamos a aquel pozo,
al ritual teatro de la sangre,
aun cuando no importara demasiado lo que ocurriese en él;

pero ¿de fiesta? ¿de verdad de fiesta?
Nos veíamos
por encima de todo lo que pasase fuera de los muros del coso
a veces parecido a lo del ruedo.
Eran los años, sí, percales amarillos
y azules removidos por el pánico.
Se cocían gargantas
y hasta hubo distinguidos muertos aficionados que seguían asistiendo
a todas las funciones.

Muge y muge aquel toro
que se resistió a ir tras los tristes cabestros
o aquel otro, con el cuerno colgando y los ojos brillosos por el dolor
más grande.

8

Muge aquel toro
y atraviesa el tiempo.
Voy bajando
por un crujido circular de gradas en las que se amontonan las humil-
des calendas del jaramago, fecha mortal, amén.
Las barreras ya son

tierra de nadie muerta sin remedio.
Horno de los Tejares apagado.
Fuimos tanto y volvimos,
oh piel del entusiasmo, hondas arrugas de las decepciones.
¿Era aquella una fiesta?
Todas las horas del reloj caídas.
Piso el ruedo y le doy
un pase a la difícil fiereza de las lágrimas, que resiste el dominio;
pero no, no es posible que este toro me coja y me cornee.
Me rebelo a que haga
carne de mi memoria y la destroce.
Lo toreo hasta el cansancio
para que contra el aire de su muerte
yo lo pueda vencer sobre la arena.

brindis

(Con vino de Córdoba)

Por la tierra que se hace
humedad en mi garganta.
Por la ausente y presente
vida que ya he bebido
despacio si podía.
Por la nostalgia, no.
Ni por el tiempo aquel.
Lleno mi copa, la alzo
por el sino que acepto
y tomo en esta pálida
y densa majestad
del vino que naciera

donde yo.
Me atraviese
como un poco de río.
No hay que decir su nombre.
Vaya por cuanto amo
y traspasa mi boca.

la estirpe y el espejo

A José Ledesma Criado.

Me hundo en lana del tiempo.
Oigo con claridad balidos de los años.
Este colchón es lo único que queda
de un ya larguísimo naufragio.
Me hundo en lana del tiempo,
desciendo lentamente a un oceano
en el que flota aún la muerte joven
de mi abuela y el llanto
primero mío
y de todos mis hermanos.
Los muelles del amor de mis abuelos
y mis padres sonaron y sonaron.

Un museo de insomnios y de sueños
podría ser aquí inaugurado
y otro museo de los amaneceres
en donde uno a uno se enterraron.

Me hundo en lana del tiempo.
Toco el fondo de algo
que es agua, piedra, sangre,
peces, corales, manos
que despiertan de pronto
por mi cuerpo tocados
y suben agitándose
y llamando;
toco la Vida
de donde vengo, los rostros empañados
de los míos.
Y así nazco
mil veces, entre músicas
que suenan por la lana de los años
y no puedo del todo distinguir
pero sé que por ellas ahora os hablo.
Ah, gentes de esta cama
que habéis ido cediéndonos el lado

—derecho, izquierdo—, el borde
de vivir y morir, ah colchón blando,
aunque estuviera llena de espinas vuestra carne
echada cada noche en el cansancio.

Qué bien me reconozco
ah, gentes de esta cama, en tanto labio,
alegremente confundido, múltiple,
un siglo de calor acumulado.

Puede que en ese espejo
no se refleje ya mi rostro exacto,
sino otro bien distinto en que haya sombras
de rostros muy lejanos.
Nunca supe mi ser más claramente
que esta noche, los huesos derrumbados
sobre lana de edades y de nombres,
sobre el amor y muerte que sudaron.

últimas voluntades

(Memoria del futuro).

Sé que estaréis, ciudades,
de pie en las cuatro esquinas de mi muerte
testificando la andadura que acaba en hasta luego.
Hasta luego me voy a callarme la vida,
a meter mis zapatos en el polvo más fino
de la calle hacia Dios.
Cirios no quiero. Lágrimas no quiero.
Tenga piedra delante y vuestros nombres
que son el corazón de los años.
En Córdoba
el nacimiento, el pase, aquella noche
de diciembre y tormenta

(no tuve yo la culpa de los árboles rotos)
Te lo diré al oído,
ciudad primera, con la voz que entonces me estarán arrancando.
Es tuya la semilla paseante que llevo
y la costumbre del mirar parado y el ocio en la luz clara.

Para tí son los ojos.

Sevilla. Veinte años. Hubo otros jardines
y veletas quemadas, barcos yéndose,
un órgano con prisa: así era el mundo.
Conoceré tu aliento,
aunque no te aproximes.

Para ti es el olfato.

¿Y ese rumor durísimo,
ese rumor durísimo colocado de frente
que suena a olla máxima donde se cuecen hombres?
Ay, Madrid de mi nuevo nacimiento, mis hijos y los humos,
que no has de callarte
ni siquiera pensando en la madera pronta a llenarse conmigo.

Te dejo los oídos y las piernas.

A Granada...
¿Pero eres tú, Granada, o yo mismo en un nombre
Pilar, que fue aprendido cerca del Corpus, hace...?

Para ti los suspiros.
Todo el amor me llevo.

Villa Antoñita (Córdoba), 1952.
Nueva Andalucía (Marbella), 1970.

La
presente
edición de
CON LOS OJOS DISTANTES
se terminó de imprimir el día
15 de Octubre de 1970,
Festividad de Santa
Teresa de Avila,
patrona de los es-
critores españoles,
en los talleres de
«El Diario de
Avila»

OTRAS OBRAS DE LUIS JIMENEZ MARTOS

Poesía

Por distinta luz (La Muestra. Sevilla, 1963).

Encuentro con Ulises (Adonais 272-73. Ediciones Rialp, S. A, Madrid. 1969). Premio Nacional de Literatura 1969.

Prosa

Historia de Juan Opositor (Novela). (Córdoba, 1956).

Leyendas andaluzas (Cuentos). (Aguilar, S. A. de Ediciones. Madrid, 1964).

Tientos (Librería Anticuaria El Guadalhorce. Málaga, 1969).

Crítica y Antología

A nova poesia espanhola (Traducción de Arnaldo Saravia). (Rumo. Lisboa, 1964).

Nuevos poetas españoles (Agora. Madrid, 1961).

Poetas del Sur (Alcaraván. Arcos de la Frontera, 1963).

Antología de la Poesía Española (diez volúmenes). (Aguilar, S. A. de Ediciones).

Poesía Hispánica (dos volúmenes). (Aguilar, S. A. de Ediciones).

Rimas, leyendas y cartas de Bécquer. Selección, prólogo y notas. (Editorial Magisterio, S. A. Colección Novelas y Cuentos. Madrid, 1970).

Antología de Gabriel y Galán. Selección, prólogo y notas. (Editorial Magisterio, S. A. Colección Novelas y Cuentos. Madrid, 1970).

Colección de Poesía: **El Toro de Granito**

Dirige: Jacinto Herrero Esteban

VOLUMENES PUBLICADOS

N.º 1.—«Alrededor del Pan», José Luis López Narrillos.

» 2.—«El Monte de la Loba», Jacinto Herrero Esteban.

» 3.—«País de la lluvia», Juan Mollá.

» 4.—«Salmos», Ernesto Cardenal.

» 5.—«Río Cauca», Jesús Martín Barbero.

» 6.—«Arte de Amar», Premio Ciudad de Barcelona 1966, Luis López Anglada.

» 7.—«Hombre, laberinto, Caracola», Carlos del Saz-Orozco.

N.º 8.—«Diálogo con España», José Ledesma Criado.

» 9.—«Las bravías abejas», Gaspar Moisés Gómez.

» 10.—«Las horas perdidas», Vicente Sánchez Pinto.

» 11.—«Guadalest, amor», José Albi

» 12.—«Nuestro testamento», Mario Angel Marrodán.

» 13.—«La sombra y el árbol», Nueve poetas jóvenes de Avila.

» 14.—«Ciudad, afán y cántico», Juan Bautista Bertrán.

» 15.—«Con los ojos distantes», Luis Jiménez Martos

PROXIMAMENTE

Juan de Leceta
Pablo Antonio Cuadra
Carmen Conde

Volumen suelto. ..... **40 pts.**
Suscripción a cuatro números. 120 »

CORRESPONDENCIA:
Bajada de D. Alonso, 30. Avila